

Libros

Requiem por un escritor

El sábado 16 de enero de 1982, fue encontrado, en su casa de San Diego (California), el cuerpo sin vida de Ramón J. Sender. Con su muerte desaparece uno de los pocos escritores vivos, pertenecientes a un grupo conocido como "Nuevo Romanticismo", "Romanticismo Revolucionario" o "Generación del 27", aunque esta última denominación se suele reservar para sus poetas, cuya fama nubló la indudable capacidad creadora de sus novelistas.

La Guerra Civil marcará, como un hierro incandescente, la pluma de unos escritores que forjarán sus planteamientos literarios a través de un voluntario compromiso social. Serán estos intelectuales, formados, en su mayoría, en el Ateneo madrileño y las Tertulias de café, los que pongan de manifiesto y critiquen una injusta realidad social.

La República, por la que combatieron durante la Guerra Civil, popularizó sus obras. A partir de 1939, el exilio, la diáspora, abrigó para muchos, también les arropó.

Durante 25 años la brutal censura sumió, prácticamente en el anonimato, a estos escritores, de los que la generación de los años cincuenta sólo tendrá una vaga noción de su existencia. En los años sesenta, coincidiendo con el desarrollo de los movimientos obrero y universitario,

empezó a dejarse sentir un cambio en la vida cultural de nuestro país y, poco a poco —en ediciones muy caras y escasas—, fueron apareciendo libros de autores exiliados, publicados generalmente por editoriales sudamericanas.

La vida de Ramón J. Sender, aragonés de pura cepa, fue más propia de un hombre de acción que de un intelectual, categoría de la que desconfiaba e incluso despreciaba. Muy joven, debe abandonar sus estudios para trabajar como mozo de botica en Zaragoza, donde sus inquietudes sociales, pronto se traducirán en sus primeras actividades literarias y políticas. A los 17 años se escapa a Madrid, para realizar algunos cursos de Filosofía y Letras regresando, al poco tiempo, a Huesca como redactor, prácticamente en solitario, del semanario "La Tierra". En esta época obtiene ya dos premios literarios menores.

De nuevo en Madrid, tras el paréntesis del servicio militar en Melilla, trabaja como colaborador en varios periódicos de signo izquierdista. De hecho, será el periodismo el que le introducirá, definitivamente, en la literatura y la política, campos en los que su actividad estuvo determinada por un compromiso visceral con la libertad

que se plasmaría en un anarquismo de corte humanista. La década de los treinta será la de su consagración como uno de los novelistas españoles más prestigiosos.

Entre otras obras, había escrito *Imán* (1931), novela antimilitarista en la que relata sus experiencias bélicas en África; *Orden Público* (1931), denuncia el sistema penitenciario y policial que conoció en sus tres meses de encarcelamiento durante la Dictadura de Primo de Rivera; *Siete Domingos Rojos* (1932), planfeto anarco-sindicalista donde narra el desarrollo y represión de una huelga general, y *Mister Witten en el Cantón* (1935), por la que se le concedió el Premio Nacional de Literatura.

Durante la Guerra Civil, fiel a sus planteamientos políticos, combate, en un principio como miliciano y luego como comandante de Estado Mayor, por defender a una República por cuyo nacimiento luchó pero que también le había decepcionado. Exiliado a Francia en 1938, será profesor de español en Guatemala y México, hasta instalarse definitivamente en Estados Unidos.

En el destierro su obra se transforma profundamente. Abandona, por completo, el partidismo anarco-sindicalista, para concentrarse en la

naturaleza humana, tema que analizará desde muy diversas perspectivas, sin que ello signifique que la Guerra Civil y su contexto político desaparezca, pues sigue siendo el marco de referencia de gran parte de sus obras. En esta línea dos novelas destacan *Crónica del Alba*, narración autobiográfica en que relata cuarenta años de vida española y por la que se le concedió el Premio de la Crítica y *Requiem por un Campesino Español*, una impresionante descripción de la tragedia del mundo rural.

Este autor, de extensa producción literaria, era prácticamente desconocido, hasta que en 1969 se le concede el Premio Planeta por *En la Vida de Ignacio Moret*, iniciándose de esta forma, una larga "operación retorno" que culmina con apoteósico regreso a España en 1974.

Efectivamente, Ramón J. Sender volvió y, con él, otros, igualmente triunfadores fuera de su país, y que se encontraron con una sociedad que, en muchos casos, no les comprendió. Quizá se esperaba más de ellos, tal vez fueron excesivamente mitificados. Estos presos del exilio volvían viejos, cansados, portando una pesada carga sobre los hombros: vivir durante cuarenta años fuera de una realidad (la española) conformadora del futuro. En definitiva hubo una decepción mutua, la España de sus sueños no existía y tampoco esos cerebros intactos, libres y combativos que habíamos idealizado.

Ramón J. Sender ha muerto, quedará como uno de los testigos más preocupados por España y como uno de nuestros narradores más importantes.

Milagros López Barquín
Félix Pérez Martínez

